

COLECCIÓN MARUJITA



CUENTOS COMPLETOS

cholo y el

Viento Norte

118 X 162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

DOCHOLO Y EL IENTO NORTE



10
CTVS

LECCION MARUJITA

Nº 11

POCHOLO Y EL VIENTO NORTE



Un día muy ventoso, el duendecillo Pocholo se puso a lavar su ropa. Lavó dos calcetines azules, seis pañuelos del mismo color, una chaqueta roja y una chaqueta amarilla. Luego tomó su nueva bufanda y también la metió en el agua jabonosa.

Pocholo estaba muy orgulloso de aquella bufanda. Era amarilla y tenía una franja anaranjada; desde luego era la más hermosa que había en todo el pueblo. La misma Reina de las Hadas se la regaló en recompensa de haber detenido a sus conejos fugitivos. Estos habían sido uncidos al carruaje de la soberana; de pronto, algo los asustó y, sin saber ya lo que hacían, echaron a correr por el bosque, en busca del lugar en donde poder esconderse, en tanto que la alarmada soberana tiraba frenéticamente de las riendas.

En aquel momento salió Pocholo de entre unas matas, se apoderó de las riendas y detuvo en el acto a los conejos. La Reina quedó muy agradecida por este acto de valor y no tardó en enviar al duendecillo aquella hermosa bufanda amarilla para recompensar su hazaña.



POCHOLO COLGÓ LA BUFANDA PARA QUE SE SECARA

Se explica, pues, que Pocholo estuviese muy orgulloso de aquella prenda, de modo que la lavó con el mayor cuidado. Luego la retorció y la colgó de la cuerda para que se secara. La Araña Ocho-patas le había prestado un hilo más sólido para que pudiese colgar la ropa lavada.

Pocholo vació el cubo de la colada y guardó el jabón. Luego se metió en casa para hacerse una taza de chocolate, porque después de tanto lavar tenía mucho apetito.

—Por suerte hace mucho viento—se dijo.—Así la ropa se secará muy pronto.

—U-u-u-f—rugió el viento fuera de la casa. Era el Viento del Norte y parecía estar muy excitado. Agitaba la ropa tendida de un lado a otro y la hacía bailar alocadamente.

Pocholo se tomó el chocolate y luego salió para ver cómo andaba la ropa tendida. Tocó los calcetines y vió

que estaban casi secos. Los pañuelos también tenían apenas un rastro de humedad. La chaqueta parecía estar un poco más mojada. Y en cuanto a la bufanda... ¡Dios mío! ¿Dónde estaba la bufanda?

El corazón de Pocholo casi dejó de latir, registró con la mirada la cuerda de tender, mas no pudo ver la bufanda en ninguna parte. Había desaparecido.

¡Qué disgusto tan horrible!

Aún estaban las pinzas en la cuerda, de modo que el Viento del Norte, para llevarse la bufanda, debió verse obligado a romperla.

—Sin duda la ha visto y le habrá parecido conveniente quedársela—pensó Pocholo.—¡Oh, hermosa bufanda mía, que me regaló la Reina! No tengo más remedio que buscar la manera de recobrarla.

Se sentó en la hierba, preguntándose cómo lo haría. Se rascó la barbilla, se frotó la nariz y frunció el ceño. De pronto se le ocurrió una idea.

—Iré a casa del Viento del Norte y le preguntaré qué ha hecho con la bufanda—murmuró poniéndose en pie de un salto.—No tiene derecho a robármela. Le obligaré a que me la devuelva.

Cerró la puerta de su casita y llevó la llave a casa de su vecino, el señor Roscón.

—¿Adónde vas así, tan de prisa?—preguntó Roscón, sorprendido.

—A casa del Viento del Norte—contestó Pocholo muy animoso.—Me ha robado mi bufanda y voy a pedirle que me la devuelva.

—Veo que eres muy valiente, Pocholo — exclamó Roscón.—El Viento del Norte es muy corpulento y fuerte; a mí me daría mucho miedo ir a su casa. Además, la gente dice que tiene muy mal genio.

—Pues, a pesar de todo, espero regresar sin nove-

dad—dijo Pocholo, aunque en su fuero interno estaba algo asustado.—En fin, aquí tienes mi llave, Roscón. ¿Me harás el favor de guardármela?

Roscón convino en ello y Pocholo tomó el camino del Norte.

Tuvo que subir y bajar siete montañas y cruzó diez ríos. Atravesó cinco bosques y luego, muy lejos, a una distancia enorme, vió la montaña en cuya cima se levantaba la casa del Viento Norte.

Hacía mucho frío. Flotaban copos de nieve en el aire y Pocholo lamentó más que nunca la pérdida de su bufanda. Estaba muy enojado con el Viento del Norte. Empezó a subir por la montaña, pero pronto se quedó jadeante y sin aliento. Nunca habría sido capaz de llegar a la cima si un águila no le hubiese ofrecido bondadosamente subirlo a cuestras.

—Tengo el nido a muy corta distancia de la cumbre —dijo el ave.—Si quieres te llevaré hasta allí.

Pocholo subió alegremente sobre el lomo suave del ave rapaz y pronto se vió casi en lo alto de la empinada montaña. El águila lo dejó caer al suelo, desde poca altura, y el duendecillo le dió las gracias y continuó la ascensión por el tortuoso sendero.

No tardó en ver la casa del Viento Norte. Era muy rara, pues si bien tenía las aberturas correspondientes a puertas y ventanas, carecía, en cambio, de cristales en estas últimas y de puertas en las entradas.

Pocholo se dijo que allí dentro debía de hacer mucho frío y que la casa no sería habitable.

Por fin llegó a la entrada. No pudo ver la menor señal de la presencia del Viento del Norte. Pero, en cambio, oyó un fuerte ronquido. Miró al interior y, de momento, no vió nada, pero luego pudo distinguir una gran

cama y acostado en ella al mismo Viento del Norte, que era una persona de enorme corpulencia y, al parecer, muy poderoso. Estaba profundamente dormido y roncaba.

—¡Dios mío!—pensó Pocholo.—No le gustará mucho que lo despierte.

El duendecillo, durante unos minutos, estuvo mirando al Viento del Norte, y al fin se decidió. Tenía precisión de despertarle. Por esta razón atravesó el umbral y se acercó a la cama.

—¡Eh! ¡Viento del Norte!—dijo.—Despiértate.

El durmiente no se meneó siquiera, y en vista de ello Pocholo exclamó gritando:

—¡Eh, Viento del Norte! ¡Despiértate!

Al mismo tiempo lo empujó con fuerza con la punta del dedo y, por fin, lo despertó. Entonces, dando un prodigioso bostezo, el Viento se sentó en la cama y se frotó los ojos. Era tan enorme, que las piernas de Pocholo empezaron a temblar, de modo que apenas podía permanecer en pie.

El Viento del Norte vió al duendecillo y se quedó contemplándolo con la mayor sorpresa.

—¿Por qué me has despertado?—preguntó enojado.

—He venido a pedirte que me devuelvas mi bufanda amarilla—contestó Pocholo con el mayor atrevimiento.—Me la has quitado esta mañana.

—¿Y has venido a despertarme por una tontería como ésa? De un soplo voy a mandarte al otro extremo del mundo.

Se inclinó y se disponía a sacar al duendecillo de un poderoso resoplido, cuando Pocholo se agarró a su nariz con toda la fuerza de que fué capaz. Eso le salvó, porque, si bien sus piernas fueron levantadas por el impulso del viento, por lo menos no se vió despedido.



—¡EH, VIENTO DEL NORTE! ¡DESPIERTA!

—¡Caramba!—exclamó el Viento del Norte.—Suéltame la nariz, maldito duendecillo.

—Pues no intentes siquiera volver a expulsarme de un soplo—contestó el atrevido Pocholo.—Y ahora te diré otra cosa, Viento del Norte. La Reina de las Hadas se enojará mucho cuando sepa que me has quitado la bufanda.

—¡Hombre!—contestó el Viento del Norte.—No sabía eso. ¿Has dicho la Reina de las Hadas? Bueno, bueno. ¿Por qué no me lo advertiste ante todo?

—Porque no me diste tiempo—contestó Pocholo.—A punto estuviste de mandarme de un soplo al extremo del mundo.

—Siento mucho lo de la bufanda—contestó el Viento del Norte.—Y debo confesarte que, en efecto, me la llevé. Tenía un aspecto muy bonito cuando estaba colgada de la cuerda y tuve el capricho de jugar un poco con ella. Por esta razón la saqué de la cuerda y luego la perseguí con mis rachas.

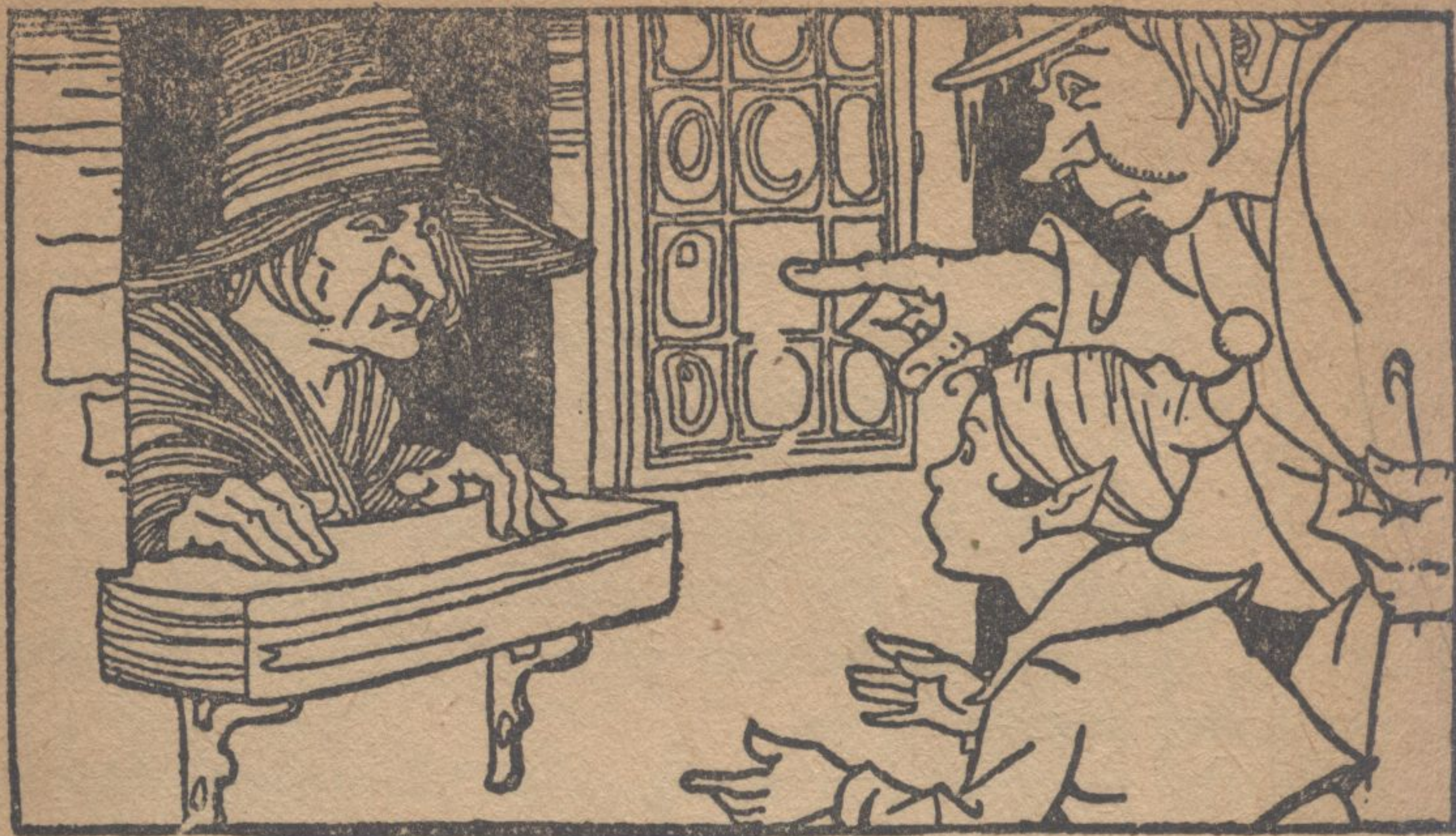
—¡Dios mío! — exclamó Pocholo. — Y, ¿sabes dónde estará ahora?

—Recuerdo que la dejé colgando de la chimenea del Brujo Arrugado—contestó el Viento del Norte.—Puedo asegurarte que tenía un aspecto muy cómico cuando la dejé allí.

—¡Pobre bufanda mía!—gimió el duendecillo.—Bueno, pues ahora tendrás que llevarme a casa del Brujo Arrugado para recobrar la bufanda, Viento del Norte.

—Eso es fácil—exclamó el Viento.

Levantó al duendecillo en el aire, le dió un soplo terrible y lo mandó en un santiamén hasta la casa del Brujo Arrugado. Pocholo miró a la chimenea, mas, desgraciadamente, ya no estaba allí la bufanda.



—¿QUÉ QUERÉIS?—PREGUNTÓ MALHUMORADA
LA BRUJA

—Es raro—dijo el Viento del Norte.—Vamos a preguntar al Brujo qué ha hecho con ella.

—Mira, ve tú—contestó el duendecillo, algo nervioso.—No me gustan nada en absoluto los brujos.

El Viento del Norte llamó a la puerta y contestó el gato negro del Brujo.

—¿Dónde está la bufanda que colgaba de la chimenea?—preguntó el Viento del Norte.

—¿De modo que fuiste tú quien la puso ahí?—preguntó el gato.—Pues mi amo se enfadó mucho y ha regalado la bufanda a la bruja Ojazos, para que haga con ella un encantamiento. Precisamente deseaba una bufanda así.

—¡Dios mío!—exclamó desalentado el geniecillo.—A prisa, Viento del Norte, llévame cuanto antes a casa de la Bruja Ojazos, antes de que haga uso de mi bufanda para sus horribles encantamientos.

El Viento del Norte cogió una vez más al duendecillo y lo disparó hasta la casita de la Bruja Ojazos, situada en un espeso bosque. Llamaron y la bruja se asomó a la ventana.

—¿Qué queréis?—preguntó enojada.

—La bufanda amarilla que os regaló el Brujo—contestó el Viento.—¿La habéis utilizado para un encantamiento?

—No—contestó la Bruja;—era de un color algo distinto al que deseaba. Por esta razón la regalé al señor Pastelón, que me suministra el pan. Vive en el lado opuesto del bosque.

Cerró la ventana con ruido, y el Viento del Norte se volvió al pobre Pocholo.

—Bueno, habremos de ir a casa del señor Pastelón. Esta empresa empieza a ser algo cansada.

Emprendieron de nuevo la marcha y pronto llegaron a casa del señor Pastelón. Estaba cociendo pan en su horno, de modo que cuando salió a verlos estaba cubierto de harina.

—¿Queréis comprar pan?—preguntó.

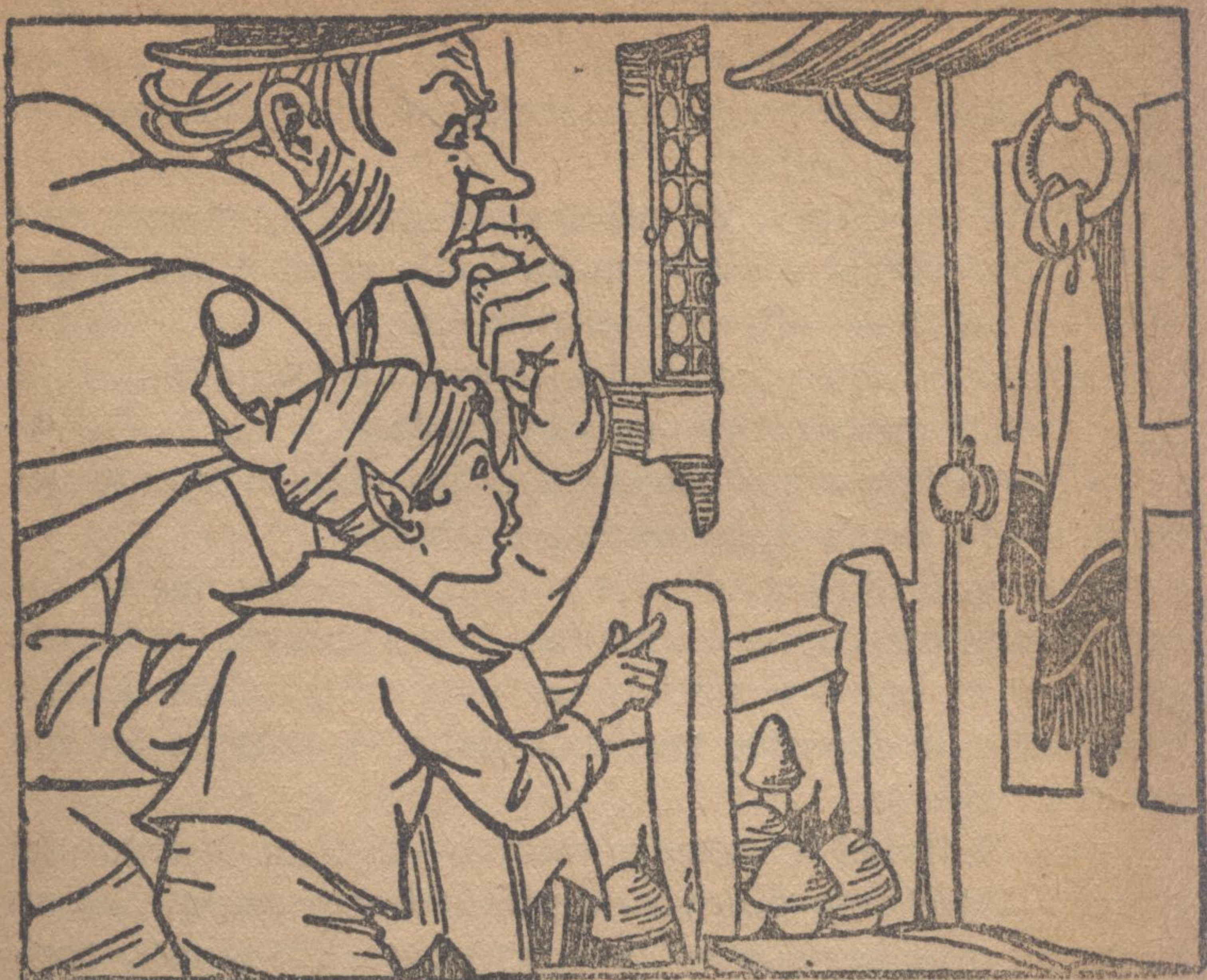
—No—contestó el Viento.—Deseamos que nos devolváis la bufanda amarilla que os regaló la Bruja Ojazos. Esta prenda pertenece a Pocholo, el duendecillo aquí presente.

—¡Caramba, la he regalado a mi hija Cerecita!—dijo el señor Pastelón.—Y acaba de salir a un mandado, a casa de la tía Mantecas, que está en lo alto de la colina.

—Bueno, saldremos a su encuentro—dijo el Viento.

El y el duendecillo emprendieron otra vez la marcha y Pocholo, de pronto, se vió en el suelo al lado de una niña... que no llevaba ya la bufanda amarilla.

—¿Te llamas Cerecita?—preguntó el Viento del Nor-



ATADA AL BRILLANTE ALDABÓN DE SU PUERTA, VIÓ LA BUFANDA

te.—Bueno, ¿dónde está la bufanda amarilla?

—Se... se... la he dado... a mi amigo—contestó Cerecita, asustada al ver a una persona de tanta corpulencia como el Viento del Norte.—El color no me sentaba bien y mi amigo me dió, a cambio de la bufanda, una bolsa de seda azul. Si queréis os la daré.

Y, en efecto, les ofrecía la bolsa; pero Pocholo no quiso tomarla.

—No. Yo deseo mi bufanda—contestó.—¿Dónde vive tu amigo?

—En el pueblecillo inmediato—dijo Cerecita.

Después de averiguar en qué dirección se hallaba, el

Viento del Norte y Pocholo reanudaron su viaje aéreo. Pronto se encontraron al amigo de Cerecita. Pero en cuanto estuvieron en su presencia, en vano buscaron la bufanda con su mirada.

—Vino un elfo y, al ver que la llevaba, díjome que no me pertenecía y me la quitó—dijo el niño con lágrimas en los ojos.—Ignoro adónde fué.

Pocholo estaba a punto de llorar. Le parecía que ya nunca recobraría su hermosa bufanda.

—Tengo hambre y estoy cansado—dijo el Viento del Norte.—Te invito a merendar, Pocholo.

Entraron en la posada del pueblo, en donde les sirvieron chocolate con ensaimadas, y en cuanto hubieron calmado el hambre sintiéronse más satisfechos. Luego recorrieron la comarca en busca del elfo, más no les fué posible hallarlo.

—En realidad lo siento mucho—dijo el Viento del Norte.—Pero creo que ya no puedo hacer nada más en tu favor, a no ser que te lleve a tu casa. Estoy muy fatigado y tengo ganas de echar mi acostumbrado sueño.

Llevó a su casa a Pocholo y lo dejó ante la puerta. Pero, ¿qué os figuráis que vieron? Pues, atada al brillante llamador de la casa de Pocholo su hermosa bufanda amarilla. Alguien la había sujetado allí.

—¡Caramba!—exclamó malhumorado el Viento del Norte.—Ahí la tienes; no había ninguna necesidad de que vinieras a despertarme y me obligaras luego a recorrer la comarca, como lo hemos hecho. Casi, casi, me dan intenciones de mandarte de un soplo hasta el fin de...

—No, no hagas eso—exclamó Pocholo.—En realidad, tú tienes la culpa de todo lo sucedido. Ahora vete a dormir unas cuantas horas más y no estés enojado.

El Viento del Norte quitó de un soplo el sombrero del

duendecillo y luego salió corriendo, en dirección a su casa de las montañas. Pocholo recogió el sombrero, se ató la bufanda, y se fué a casa del señor Roscón para pedirle la llave.

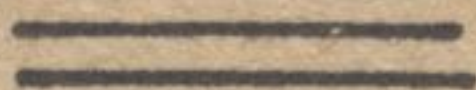
—Me alegro mucho—dijo el señor Roscón al abrir la puerta—de que hayas regresado, amigo Pocholo. Y también celbro que, en resumidas cuentas, no debieras de haber tenido ningún cuidado por la bufanda. Esta mañana salí a dar un paseo, y vi un niño que la llevaba. Le obligué a que me la entregase y te la he traído. Supongo que la habrás encontrado atada al llamador de tu casa, ¿verdad?

—Sí, así es — contestó Pocholo. — Muchas gracias Roscón.

Tomó la llave, abrió la puertecilla de su casa y se hizo una taza de chocolate.

—¡Y pensar que he volado tanto rato en alas del viento, sin motivo alguno! Habría podido quedarme en casa leyendo mi nuevo libro de cuentos.

Y en efecto, tenía razón.



EL TÍO AVIADOR

—Mamá, ¿podemos tomar el ómnibus para ir a Puebloalto?—preguntó Jaime.—Sale a las dos.

—¿Y para qué queréis ir a Puebloalto?—replicó su madre.

—Mañana es tu cumpleaños, mamá, y queremos comprarte una cosa muy bonita—contestó Margarita.

—Como no podemos comprarlo aquí, nos vemos precisados a ir a Puebloalto. Déjanos ir, mamá.

—Bueno—contestó la buena señora, sonriendo.—Ahí tenéis el dinero necesario para tomar los billetes. Y acordaos, niños, de que el último ómnibus que sale de Puebloalto hacia acá, parte a las cinco y media. Procurad no perderlo.

—No, mamá—contestaron los niños.

Luego echaron a correr, para tomar el ómnibus de las dos. Vivían en pleno campo y a bastante distancia del pueblo más cercano. Necesitaban más de una hora para ir a Puebloalto, tomando el ómnibus, pero los niños no encontraban demasiado largo aquel viaje, porque en el trayecto podían contemplar muchas cosas.

Por fin llegaron a Puebloalto. Lo primero que vieron, fué un establecimiento de loza y porcelana, y entraron a comprar un jarro de hermoso tono azul, que ya vieran durante su visita anterior al pueblo, y decidieron regalárselo a su madre con ocasión de su cumpleaños. Pagaron el precio que les pidieron, les envolvieron el jarro y se lo entregaron.

—¡Cuánto le gustará a mamá!—observó Margarita.



—ME HE EXTRAVIADO—DIJO LA NIÑA

—¿Qué haremos ahora, hasta las cinco y media, ya que hasta entonces no hay ningún ómnibus de regreso? Nos hemos traído la merienda. ¿Quieres que vayamos al río a comérmola? Desde la orilla podremos ver pasar las barcas.

Durante un buen rato se entretuvieron observando el paso de las barcas y luego, al oír que daban las cinco en el campanario del pueblo, los dos niños se pusieron en pie. Era ya hora de emprender el regreso. Había bastante distancia hasta la plaza del mercado y se apresuraron para no perder aquella oportunidad de regresar.

Cuando estaban a medio camino, encontraron a una niña que lloraba amargamente. Ellos se detuvieron para preguntarle qué le pasaba.

—Me he extraviado—dijo.—Vivo en la orilla del río y no sé por dónde podré ir allá.

—Bien, te acompañamos un poco—le dijeron.—Estamos seguros de encontrar pronto a alguien que te podrá guiar hasta tu casa.

—¡Oh, muchas gracias! — dijo la niña dándoles la mano.

Margarita y Jaime se dirigieron al río, y por fin, encontraron a una mujer de aspecto bondadoso, que iba con un niño.

—Le ruego que me haga un favor, señora—dijo Jaime acercándose a ella.—Esta niña se ha extraviado. Nosotros hemos de tomar el ómnibus. ¿Podría usted hacerse cargo de ella?

—Claro está que sí—contestó aquella mujer con la mayor bondad.—Ven, niña, vamos inmediatamente a casa de tu mamá. No llores. Toma un caramelo.

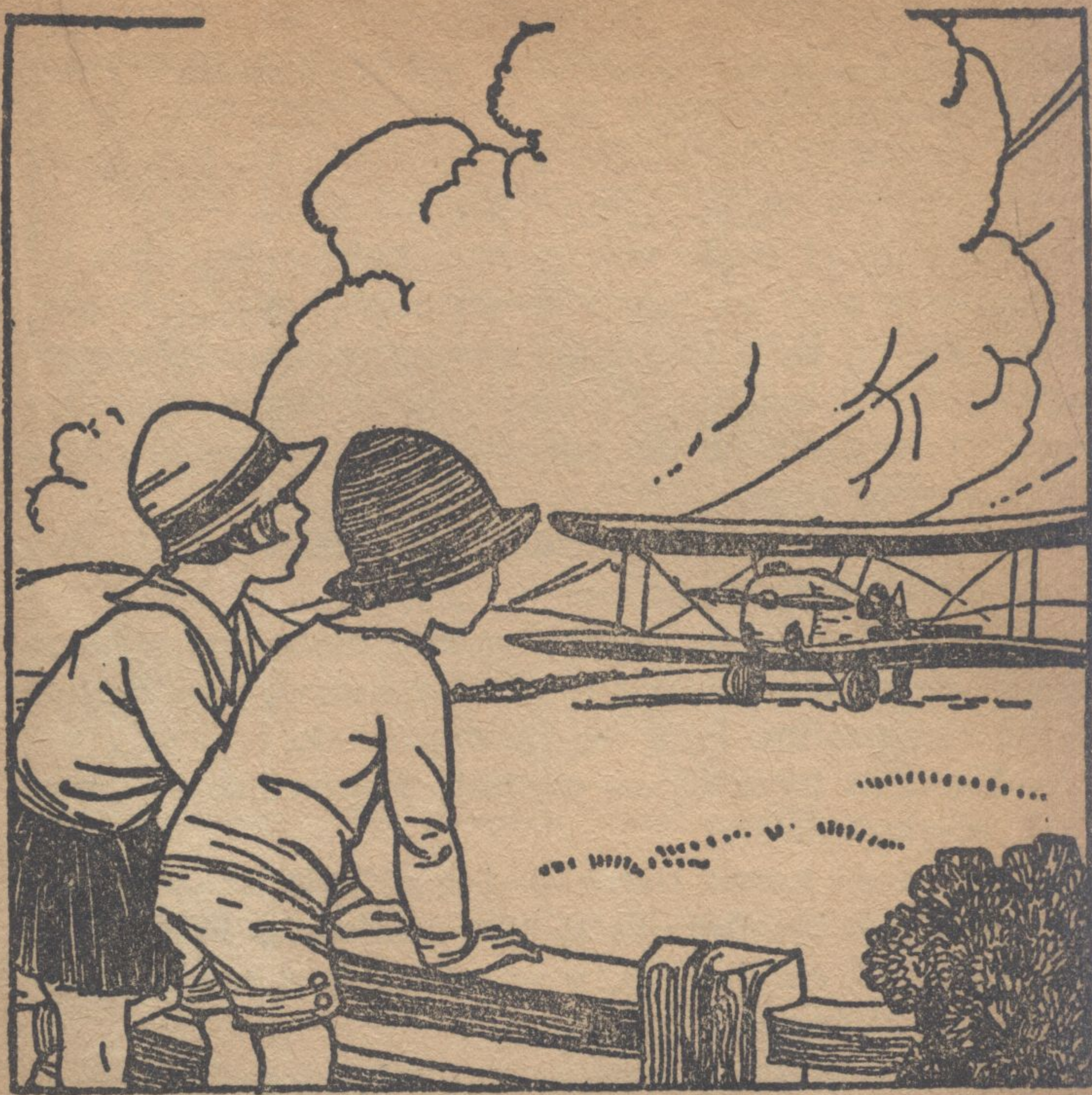
La niña dió un abrazo a Margarita y a Jaime y luego se alejó con la buena mujer. Los dos niños echaron a correr en dirección a la plaza del mercado.

—Espero que no se habrá marchado el ómnibus—observó Jaime, jadeante.

Al llegar a la plaza del mercado vieron que el ómnibus se había marchado ya. Precisamente entonces daba la vuelta a la esquina inmediata. ¡Qué mala suerte!

Margarita se echó a llorar, porque estaba cansada y tenía mucho calor. Jaime no lloró, acordándose de que era un muchacho, pero estaba muy triste; decidieron emprender el camino a pie, teniendo en cuenta que su madre estaría muy alarmada.

Echaron a andar y, para colmo de desgracias, la niña sintió, de pronto, que se le había salido un clavo en el interior del zapato, y aunque su hermano intentó aplastarlo con el tacón de su bota, apenas obtuvo un resultado apreciable. Pero no terminaron ahí las dificultades,



FRANQUEARON LA PUERTA DE LA CERCA Y VIERON A UN HOMBRE QUE SE APEABA

porque después de una hora de marcha, los dos niños observaron que se habían extraviado por completo.

Al hacer este descubrimiento se quedaron desalentados en extremo. ¿Cómo encontrar el camino? Su casa estaba muy lejos y Dios sabía cuándo podrían llegar a ella. Además, al día siguiente, era el cumpleaños de su madre.

—Verdaderamente, no sé qué dirección deberíamos tomar—dijo Jaime.—No veo ninguna casa a la que poder preguntar. Solamente hay un aeroplano, que, al parecer, se acerca. Mira, Margarita, fíjate en que vuela a muy poca altura.

En efecto, el avión volaba muy bajo y describía un círculo tras otro, en busca de un buen lugar para aterrizar. Al fin se posó en un campo no muy lejano de los dos niños, quienes, franqueando la cerca, se hallaron a corta distancia del aparato y vieron que el piloto echaba pie a tierra.

—¡Es el tío Jaime!—exclamaron a dúo.—¿Para qué has venido aquí, tío Jaime?

—En primer lugar, a estrenar este aeroplano y luego con el deseo de felicitar a vuestra mamá, con motivo de su cumpleaños. Pero me he extraviado.

—Nosotros también — contestó Margarita. — Pero, ¡qué bonito aparato!

—Antes de tomar tierra — dijo el aviador — vi una carretera que sin duda es la que conduce a Puebloalto. Bueno, subid, muchachos, y ya veremos si nos es posible hallar el camino.

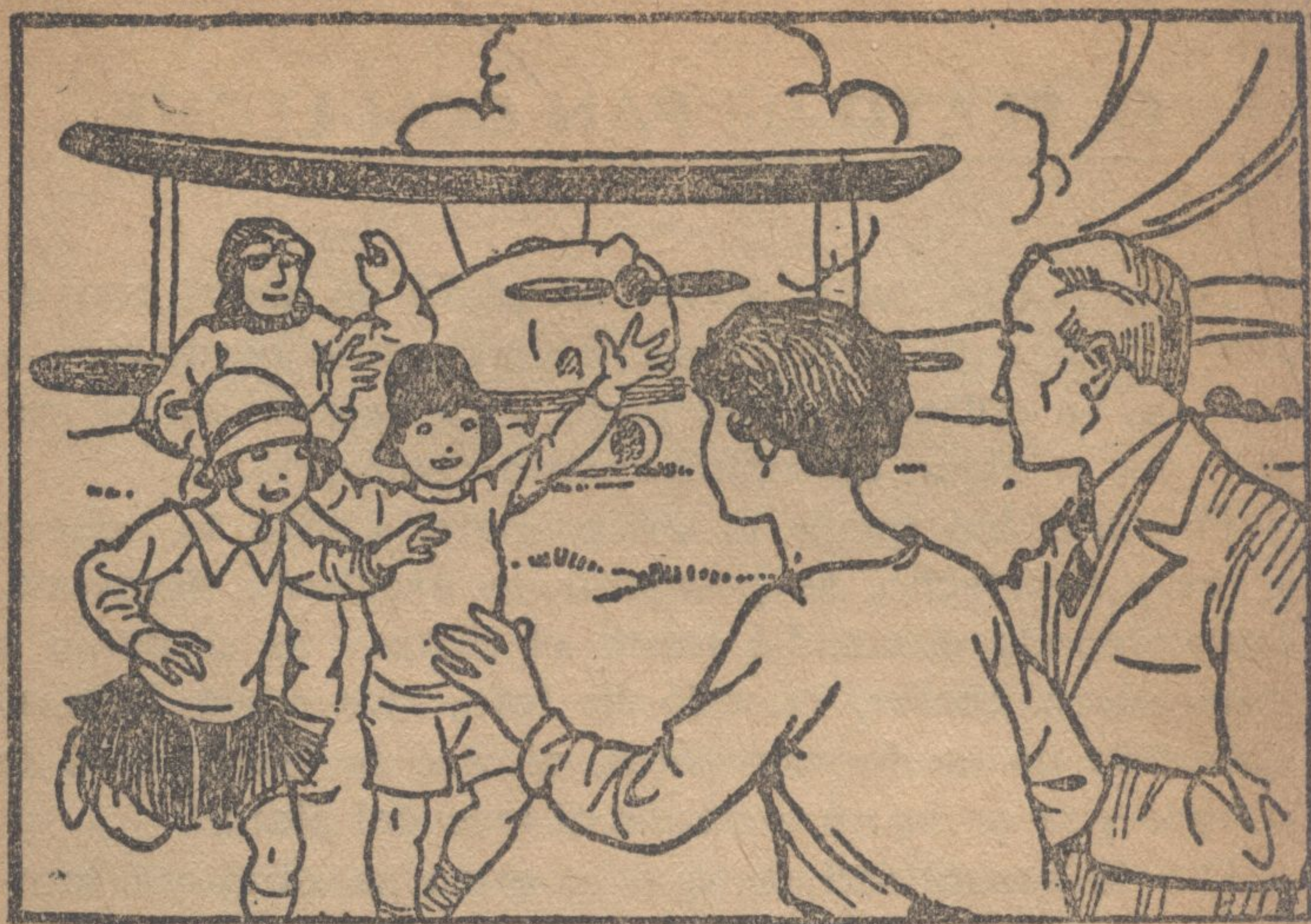
Los niños estaban entusiasmados ante la esperanza de volver a su casa en aeroplano.

Los tres tripulantes echaron pie a tierra, en el momento en que los padres de Jaime y de Margarita salían de la casa por haber oído el aeroplano.

Y ya se puede imaginar el asombro que sintieron, al ver aparecer a sus dos hijos con su tío Jaime.

—¡Jaime!—exclamó mamá.—¡Hijos! ¿qué significa eso?

—Una sorpresa de cumpleaños—exclamó el niño.—¡Oh, mamá, hemos tenido muchas aventuras.



—ES UNA SORPRESA DE CUMPLEAÑOS—DIJO JAIME

En breve sus papás estuvieron enterados de ellas y celebraron la afortunada casualidad del encuentro del tío y de los dos sobrinos.

—Por fortuna—exclamó la madre—os entretuvisteis acompañando a aquella niña, porque, de lo contrario, habríais llegado a tiempo para tomar el ómnibus, y por consiguiente, al aterrizar el tío Jaime no os hubiese encontrado.

—Bien está lo que bien acaba—dijo papá.—Vamos a cenar, Jaime, y luego daremos algunos vuelos en tu aparato.

Y todos fueron a cenar contentos y felices.

EL PLATO DE PAN CON LECHE

Alguien dejó en el jardín un plato de sopas con leche. La niña de la casa no había querido desayunar, y por eso le quitaron aquel plato y lo dejaron en el jardín, por si algún animalito quería comérselo.

El mirlo fué quien lo vió primero. Ladeó la cabeza y, muy satisfecho, se prometió un excelente desayuno. Revoloteando descendió hasta el plato y se disponía a empezar a comer, cuando la rata, que vivía bajo el cobertizo de las herramientas, olfateó la leche, sacó la cabeza y se apresuró a acudir al lado del plato.

Dió la casualidad de que el erizo se dirigiese también allá. De pronto vió el plato de sopas de leche, lo olfateó y se puso contentísimo. Pero se le habían anticipado el mirlo y la rata. El mirlo empezó a dar picotazos, asegurando que el plato de leche le pertenecía. Pero la rata les amenazó con morderles a los dos si no se marchaban cuanto antes, porque tenía la certeza de haber sido la primera en descubrir aquella golosina.

—No es tuyo ni del mirlo—exclamó el erizo,—es mío.

Como se ve, era imposible el acuerdo, puesto que cada uno de los tres, sostenía su derecho exclusivo de quedarse con el contenido del plato, y después de chillar y de argumentar cuanto pudieron, se persiguieron uno a otro en torno al plato de leche, haciendo un ruido extraordinario.

No muy lejos, y en lo alto de la pared que limitaba el jardín, estaba enroscado el señor Bigotes, es decir, un gato negro, muy mal intencionado. Estaba enros-



—NO ES TUYO NI DEL MIRLO—EXCLAMÓ EL ERIZO,
—ES MÍO

cado y tomando el sol. En breve, el ruido que hacían el mirlo, la rata y el erizo le despertó sobresaltado. Se puso en pie y miró a su alrededor.

Vió el plato de sopas de leche y a los tres codiciosos, que se peleaban por él. Entonces saltó de la pared al suelo y, lentamente, se dirigió allá. El mirlo fué el primero en descubrirle y se apresuró a dar un graznido de miedo. Luego huyó para guarecerse entre unos árboles. Después lo vió la rata, que, igualmente, dió un chillido de espanto y echó a correr hacia el agujero de su madriguera, para encerrarse allí. En cuanto al erizo, se hizo una bola al descubrir al gato, viéndose perfectamente protegido por su coraza de púas.

El gato no hizo caso de ninguno. Se acercó al plato, olfateó la leche, y roncando de satisfacción, empezó a bebérsela y a comer el pan, porque tenía mucha hambre. Luego se sentó y se lavó con el mayor cuidado, sin olvidarse de limpiar el pelo por detrás de las orejas, porque era un gato muy limpio.

Hecho esto, se volvió a encaramar a la pared, se enroscó y se quedó dormido.

El mirlo, la rata y el erizo, al ver que el gato se había alejado, se congregaron de nuevo en torno del plato, dándose cuenta de que ya estaba vacío.

¡Qué tontos fueron! Allí hubo lo suficiente para los tres, si se hubieran conformado con repartirse la sopa en buena paz y compañía. Pero al pelearse atraieron la atención del gato, que les dejó sin nada.

Entonces, airados, el mirlo, la rata y el erizo empezaron a insultar al gato, lanzándole toda suerte de improperios, de tal manera, que éste lo oyó y, deseoso de castigarlos, se dirigió a donde estaba el plato.

—¡Qué imbéciles!—murmuró el gato.

Luego volvió a lavarse, para demostrar a todo el mundo que no hacía caso de los insultos que pudieran dirigirle.

EL ELFO QUE DESEABA UNA BARQUITA

Pablo tenía una linda barca de juguete, pintada de azul, con una franja roja. Estaba provista de unos remos pequeños, también pintados de azul, para que hiciesen juego con la barca. Se la había regalado su tío el día de su santo. A Pablo le habría gustado un barquito de vela, pero, de todos modos, estaba muy satisfecho con aquel bote.

—¿Me dejas que vaya a ponerla a flote en el arroyo?
—le preguntó a su madre.

—Sí, y de paso, busca la sortija que perdí el otro día
—le dijo su mamá.

En efecto, pocos días antes, y mientras iba por la orilla del agua, su madre perdió un sortija, y a pesar de cuanto la buscaron, por espacio de una hora, no les fué posible encontrarla.

Pablo se alejó llevando su barquita. En breve llegó al arroyo, la puso a flote y se quedó entusiasmado al verla navegar. Después de jugar un rato con ella se dijo que le gustaría ir a observar a los conejos que había en el campo contiguo, de modo que ató el bote a una rama inclinada de un sauce y lo dejó flotando y agitado por la corriente.

Durante largo rato estuvo observando los conejos. Luego se levantó, dispuesto a recoger su bote. Volvió, pues, a la corriente y, con el mayor disgusto, vió que su juguete había desaparecido.

—Alguien habrá cortado el cordel para llevarse el bote—pensó Pablo.—Aunque no adivino quién puede ser, porque no he visto pasar a nadie por aquí. También es posible que se haya roto el cordel y que el bote esté lejos. Convendrá registrar por ahí.

Siguió la corriente y buscó cuidadosamente por la orilla, sin tener más éxito en aquella investigación.

Pero, de pronto, lo vió. Estaba a cierta distancia, cerca del centro de la corriente. El niño empezó a correr, hasta situarse frente a él y entonces se quedó pasmado, al ver que lo tripulaba un elfo del tamaño apropiado para la barca. Remaba activamente con los dos remos azules y, al mismo tiempo, cantaba una alegre canción.

Pablo se quedó sorprendido a más no poder e indeciso entre si debía enojarse o no. ¿Cómo se había atrevido aquel elfo a quitarle su bote de juguete y luego a dar un paseo en él, como si le perteneciera?

Observó al diminuto ser mientras paseaba por el arroyo y le pareció tan feliz, que incluso llegó a dudar acerca de la conveniencia de permitirle o no seguir usando el bote. Por fin se dijo que ante todo debía llamarlo para pedirle cuentas.

Así lo hizo, y el elfo se quedó tan sorprendido al verse interpelado, que estuvo a punto de caerse al agua.

Se detuvo, y replicó:

—¿Me llamas a mí? ¿Qué ocurre? ¿No ves que estoy remando?

—Claro que lo veo —contestó Pablo. — Pero, ¿por qué me has quitado mi bote? Eso no está bien.

—¡Oh! —exclamó el elfo, apenado. — ¿Es tuyo el bote? Yo me imaginé que no pertenecía a nadie, y por



ERA UN DIMINUTO ELFO

eso me lo apropié, porque toda mi vida he deseado una embarcación así. Me viene a la medida, ¿no te parece?

—Sí, pero es mío—replicó Pablo—y deberías devolvérmelo.

—No hay inconveniente —contestó el elfo remando hacia la orilla. Saltó a tierra y, dando un suspiro, añadió:—Es el desengaño más cruel de toda mi vida. No sabes cuánto deseaba un botecito así.

Estaba tan triste, que Pablo se compadeció de él, de modo que, tras corta reflexión, le dijo:

—Bueno, quédate si quieres y diviértete mucho con él.

—¿Cómo?—exclamó el elfo.—¿No lo quieres?

—Claro está que me gusta mucho, pero como veo

que lo necesitas más que yo, te lo regalo. Ahora vuelve a embarcarte y rema un poco, para que yo te vea.

—Eres un niño muy bueno y generoso—exclamó el elfo. — Te lo agradezco mucho. Pero ahora dime qué quieres en recompensa. Porque yo también quiero regalarte algo.

—No necesito nada—contestó Pablo—y a mamá no le gustaría que aceptase cosa alguna, porque entonces mi regalo no tendría ningún mérito. Te doy, pues, el bote, sin esperar nada en cambio, en vista de que te gusta tanto.

—Pero yo quiero darte algo.

Pablo se disponía a reiterar su negativa, pero, de pronto, tuvo una idea.

—Mira—le dijo.—No sé si podrás hacerlo. Es algo que interesa mucho a mi madre. La semana pasada se le cayó una sortija en esta corriente y no hemos podido encontrarla. ¿Podrías hacer que nos fuese devuelta?

—¡Claro que sí! — exclamó el elfo muy satisfecho. —Es facilísimo. Espera un minuto.

Se inclinó sobre el agua, dió un silbido muy agudo y en el acto apareció una lagartija acuática, que se quedó mirando al elfo.

—¡Hola! — exclamó éste. — Haz el favor de buscar una sortija que se cayó al agua. Debe de estar entre el lodo del fondo.

La lagartija desapareció y era tal el asombro de Pablo, que apenas pudo entender lo que dijera el elfo. Pero, a los breves instantes, se apareció de nuevo la lagartija. Asomó la cabeza y en la boca llevaba... ¿Qué os parece? Pues, sí, tenéis razón: la sortija. Era de brillantes y resplandecía mucho a la luz del sol. El elfo se metió



EL ELFO TOMÓ LA SORTIJA DE SU BOCA

en el bote, se acercó remando a la lagartija y tomó la joya.

—Toma—dijo dándosela a Pablo.—¿Estás seguro de que no necesitas nada para ti?

—Nada, muchas gracias — contestó Pablo. — Ahora diviértete remando, pequeño elfo, y te deseo mucha alegría.

—Te lo agradezco—contestó aquel ser diminuto.

Y en el acto se alejó, remando muy satisfecho y entonando una alegre canción.

Pablo se quedó en la orilla hasta que lo hubo perdido de vista. Luego se dirigió a su casa, preguntándose qué diría su madre cuando le mostrase la sortija.

La buena señora no se atrevía a creer lo que estaba viendo. Tomó la joya y la examinó. Luego, figurándose que Pablo la había encontrado, le manifestó su agradecimiento y el mayor contento.



POR FIN HE OBTENIDO EL BARCO, EXCLAMÓ PABLO

—¿De modo que regalaste al elfo el bote del día de tu santo? Eres un buen muchacho, Pablo. Me gusta que no seas egoísta.

¿Sabéis lo que hizo su mamá? Pues estaba tan contenta de haber recobrado su hermosa sortija, que se dirigió en el acto al almacén de juguetes y compró un barco velero, precioso, para Pablo, el mismo que siempre había deseado.

—¡Oh, mamá, cuánto te agradezco que me hayas comprado este barco!—exclamó el niño al verlo.—Soy feliz a más no poder.

Pero yo creo que lo merecía. ¿No os parece?

EL DESDICHADO GALLO DE LA VELETA

Hubo una vez un gallito amarillo, que vivía en lo alto del campanario de la iglesia. No estaba muy contento, porque apenas podía soportar el frío y odiaba la lluvia. Solamente era feliz cuando resplandecía el sol.

—Cuando sopla el Viento del Este hace demasiado frío para mí—dijo estremeciéndose.—Un día voy a quedarme helado y me caeré desde la cúpula al suelo.

—Será muy curioso de ver—contestó riéndose el Viento del Este.

—Cuando sopla el Viento del Norte nieva y tengo tanto frío, que ya no sé dónde tengo el pico o la cola—dijo el gallo de la veleta.—Un día me equivocaré y señalaré el Sur, cuando quiera indicar el Norte. Y viceversa. Porque ya casi he olvidado dónde están los puntos cardinales.

—Será muy curioso—exclamó el Viento del Norte.

—Cuando sopla el Viento del Oeste trae lluvia—dijo el gallo de la veleta.—Entonces me quedo calado y empiezo a temblar de tal manera, que un día derrumbaré la cúpula.

—Divertido será eso—dijo el Viento del Oeste.

—Solamente soy feliz y estoy caliente cuando sopla el Viento del Sur—añadió el gallo de la veleta.

—Mucho me gustaría soplar con mayor frecuencia—replicó, cariñosamente, el Viento del Sur.—Lo siento por ti, gallito. Llevas una vida muy solitaria ahí arriba, sin

tener posibilidad de hablar más que con los vientos. Conozco un pequeño elfo muy bondadoso. ¿Quieres que le ruegue que te haga una visita?

—¡Oh, sí!—exclamó el gallo.

El Viento del Sur, por consiguiente, fué a hablar con Pochín y le contó la situación en que se hallaba el pobre gallo de la veleta. Al día siguiente, el bondadoso elfo se dirigió a la cúpula del campanario, para hacerle una visita. ¡Oh, qué contento se puso el gallo!

Soplaba el Viento del Oeste y llovía con fuerza, de modo que el gallo de la veleta estaba mojado por completo y temblaba como una hoja de álamo.

Pochín se compadeció de él.

—Mira, tengo alguna habilidad en hacer prendas de ropa—dijo.—Voy a hacerte un buen abrigo, amigo gallo, y podrás ponértelo cuando los vientos traigan viento, lluvias, nieve o frío. ¿Te gustará?

—¡Oh, sí!—le replicó el gallo de la veleta, girando sobre sí mismo, a causa de su alegría.

El elfo se alejó al vuelo y durante dos días estuvo muy atareado haciendo un abriguito de color azul. Luego se fué a visitar a su amigo el gallo de la veleta y se lo probó. Le caía muy bien, pero como el abrigo era azul, tal fué el color del gallo y no dorado como antes.

—Es posible que a mucha gente le sorprenda esta transformación—observó el gallo dirigiéndose al elfo.

—Puede ser. Pero como vives a tal altura, no es fácil que vengan a averiguar la causa.

Aquel abrigo era estupendo. Se lo ponía cuantas veces soplaba el Viento del Norte, del Este o del Oeste y se lo quitaba si soplaba el Viento del Sur. La gente del



EL ABRIGO AZUL LE SENTABA MARAVILLOSAMENTE

pueblo estaba muy sorprendida ante aquel cambio de colores.

—El gallo de la veleta es azul muchos días y otras veces dorado. ¿Por qué?

—Tal vez lleva abrigo cuando tiene frío—contestó un niño.

—¡No seas tonto!—le dijeron los mayores.—¿Qué tontería estás diciendo? ¿Quién ha oído hablar alguna vez de un gallo de veleta que se quita y se pone el abrigo?

Pero aquel niño tenía razón. ¿No os parece?

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS